

LA LOCURA DE MAUPASSANT

AL TRAVÉS DE SUS OBRAS

POR

ISIDORO CORZO

1911

IMPRENTA "PAPELERÍA FRANCESA"

AGUIAR N° 84

HABANA

ISIDORO CORZO

LA LOCURA DE MAUPASSANT AL TRAVES DE SUS OBRAS

**Conferencia pronunciada en los Salones del Ateneo y Círculo
de la Habana
el día 30 de enero de 1911**

1911
IMPRESA "PAPELERÍA FRANCESA"
AGUIAR N° 84
HABANA

Á SU EXCELENTE AMIGO,

SR. JESÚS M. BARRAQUÉ,

SECRETARIO DE JUSTICIA DE LA REPUBLICA CUBANA

DEDICA ESTE OPÚSCULO, CON TODO SU AFECTO,

EL AUTOR.

Hace algún tiempo, leyendo por tercera ó cuarta vez las obras de GUY DE MAUPASSANT, que es uno de mis autores predilectos, sabiendo, como sabía, que este ilustre hijo de Francia había terminado su existencia en una casa de locos, pensé que sería tarea interesante la de seguir paralelamente su vida y su obra literaria; anotar los progresos que la locura iba haciendo en su inteligencia y las alteraciones que este mal pudo producir en la concepción y en el estilo de sus libros, para venir á parar á una de estas dos conclusiones: Ó la enfermedad mental de MAUPASSANT se reveló más ó menos claramente en sus obras ó su vesania no trascendió en modo alguno á los partos de su entendimiento.

Ahora bien, para realizar de un modo acabado y cumplido esta labor, era necesario disponer de bastante espacio. MAUPASSANT, no obstante haber empezado su carrera relativamente tarde,—á los treinta años,—y haber muerto en plena virilidad,—á los cuarenta y tres,—ha dejado escritos treinta y un volúmenes. Era preciso leerlos todos, y leerlos no con la rapidez y falta de atención del que sólo va á buscar en ellos el esparcimiento del espíritu, sino con la lentitud y la meditación del que investiga un problema en el pensamiento general de cada novela ó de cada cuento, en el carácter de cada personaje, en el empleo de cada frase, en el uso de cada palabra.

Bien se comprende que semejante análisis, casi tan lento y paciente como el realizado por los monjes benedictinos para comprobar, versículo por versículo, vocablo por vocablo, la autenticidad de los Evangelios y la divinidad de Jesucristo, reclamaba largas horas: no contaba para antes de fin de año haber reunido los materiales indispensables y dado fin á la empresa.

Pero enterados de mi proyecto los organizadores de la Sociedad de Conferencias, Sres. Jesús Castellanos y Max Henríquez Ureña, tuvieron la atención de invitarme á consumir un

turno sobre este tema; y aunque, en un principio, traté de excusarme, acepté, al cabo, el honor de hablar en el Ateneo, haciendo en ocho días un trabajo para el que se necesitaban ocho meses, al menos.

Di mi conferencia el 30 de enero último y al día siguiente la publicaron “El Triunfo” y “La Discusión”; mas, como sucede siempre en los trabajos periodísticos, desfiguraban el mío graves errores materiales y de concepto. Para subsanarlos hice el propósito de imprimir la conferencia en un folleto, fluctuando entre darla á la estampa tal como la pronuncié ó refundirla y aumentarla con algunos elementos nuevos. . Al cabo me decidí por lo segundo, pues los “Souvenirs” de Francisco Tassart, publicados en el número de la “Revue de Deux Mondes”, de 15 de marzo anterior, y las rectificaciones hechas al mismo por el Dr. Valcourt en el de primero del corriente, han aportado nuevos datos acerca de los últimos meses de la vida de MAUPASSANT datos que, aunque poco importantes, son dignos, sin embargo, de tener en cuenta.

No pretendo en este modestísimo ensayo haber descubierto nada nuevo. Creo, no obstante, que despertará el interés de quien lo lea, por referirse á una de las más gloriosas figuras de la literatura francesa de fines del pasado siglo.

Habana

Abril 1911

LA LOCURA DE MAUPASSANT

AL TRAVES DE SUS OBRAS

I

Conviene, antes de examinar una obra, recordar brevemente la vida de su autor. GUY DE MAUPASSANT nació en el castillo de Miromesnil, en Dieppe, el día 5 de agosto de 1850. Su padre, Gustavo de Maupassant, hombre de talento, rico, de corazón apasionado, derrochador hasta la prodigalidad, inteligente, instruido, habíase casado con la señorita Laura Lepoitevin, de Fécamp, temperamento excitable, desequilibrado y, como su marido, rica, de buena familia, culta é inteligente. No fué Guy el único hijo de este matrimonio; tuvo también otro, Hervé, que casó y fué padre de una niña, nerviosa, histérica.

GUY DE MAUPASSANT vino al mundo espléndidamente dotado. Su robustez física ó corporal no desmerecía de su robustez psíquica ó intelectual. Empezó sus estudios en el colegio de Ivetot, de donde le expulsaron por irreligioso, y los terminó, con gran aprovechamiento, en el Liceo de Rouen. La familia de su madre y su madre misma, fueron los que le impulsaron á escribir. Tenían intimidad con un comprovinciano suyo, escritor ilustre, á la sazón muy en boga: Gustavo Flaubert, quien dedicó una de sus obras, *Las tentaciones de San Antonio*, á Alfredo Lepoitevin, tío carnal de Guy. Siendo éste muy joven, se trasladó á París é ingresó como empleado secundario en el Ministerio de Marina¹. En París cultivó la amistad de Flaubert, y en 1874 formó ya parte de la tertulia literaria del maestro, en el pequeño departamento de la calle de Murillo, cuyas ventanas caían al parque Monceau, donde hoy se alza un precioso monumento al autor *Bel Ami*.

Zola describió la impresión que le causó MAUPASSANT, diciendo: “Acababa de salir del colegio; nadie le había visto todavía en nuestro rincón literario. Cuando los domingos llegábamos á eso de las dos, encontrábamos casi siempre á MAUPASSANT, sentado ya, que había almorzado á veces con Flaubert, á quien todas las semanas iba á leerle sus ensayos, el cual le obligaba severamente á rehacer todas las frases de dudosa sonoridad. En cuanto llegábamos nosotros, se apartaba modestamente, hablaba poco, escuchaba con el aire inteligente de un buen muchacho que se siente fuerte y toma notas. Más tarde adquirió confianza y nos maravilló varias veces con la narración de sus proezas. De mediana estatura, anchos hombros, músculos duros, sanguíneo, era entonces un terrible remador, que remaba veinte leguas al día en el Sena por afición. Además era un calavera; nos contaba historias estupendas de mujeres, truhanerías galantes, que hacían prorrumpir al buen Flaubert en estrepitosas carcajadas.¹

Puedo completar el retrato de MAUPASSANT, reproduciendo los rasgos que Zola omitió, tales como se ven en la fotografía publicada en el número de abril de 1888 de la *Revista Literaria*. La cabeza de MAUPASSANT era hermosa y bien proporcionada. La frente amplia y serena, un poco deprimida en las sienas, coronada por una hermosa cabellera oscura, naturalmente ondulada.² En los ojos grandes y profundos adviértese algo anormal. La nariz es recta. La oreja pequeña. El bigote espeso no deja ver la boca; pero el mentón, redondo, vigoroso y fuerte, expresa tenacidad y energía.

Fué en 1880 cuando sentó plaza de escritor, con el grado de capitán general. Empezó por donde los demás concluyen. Zola publicó en un tomo seis cuentos, bajo el título de *Les soirées de Medan*, redactado cada uno de ellos por ilustres autores franceses: el propio Zola, Huysmans, Hennique. Céard y Alexis. Sólo el nombre de MAUPASSANT desconocido y, no

¹ ZOLA, discurso pronunciado sobre la tumba de MAUPASSANT, el día de su enterramiento.

² MAUPASSANT era pelirrojo; pero se sabe que este color resulta negro en la fotografía.

obstante, fué su cuento *Boule de Suif* el que singularmente llamó la atención del público. Las e ediciones se agotaron en breve, una tras otra; pero los compradores no pedían *Les soirées de Medan*, pedían *Boule de Suif*.

¡Cosa singular! ¡Coincidencia pasmosa! El mismo año se presentaba en MAUPASSANT también un síntoma de la enfermedad que había de conducirle á la locura primero y á la muerte por último: la dilatación de una sola pupila; signo casi patognomónico de la parálisis general.

Desde entonces, la vida de nuestro autor se deslizó entre sus cuatro principales aficiones: escribir, remar, viajar, y amar á las mujeres, amarlas á su modo, es decir, con sensualidad exenta de toda ternura. Y tal esfuerzo desplegó en sus afanes, de tal manera hubo de entregarse al derroche de sus fuerzas intelectuales y corporales, que el doctor Glatz pudo decir, con perfecto conocimiento de los hombres y de las cosas, que **MAUPASSANT** *brulait sa chandelle par deux bouts* (quemaba su vela por los dos extremos) y era, por su modo de vivir, un candidato á la parálisis general y por consecuencia á la locura.

Un acontecimiento doloroso vino á herir á MAUPASSANT poco después. Su hermano Hervé, atacado de una insolación, fué presa de la parálisis general y murió á poco. La muerte de su hermano le afectó extraordinariamente, no sólo porque le amaba, sino también, acaso, porque presentía que la enfermedad que llevó á Hervé al sepulcro, era la misma que había de concluir en él con su razón y con su vida. Padeció desde entonces, junto al desequilibrio de la vista que no le abandonaba, grandes y frecuentes dolores de cabeza, temblores transitorios, fugaces, tartamudez también pasajera, y sobre todo un deseo obstinado de permanecer constantemente en movimiento. Su yacht *Bel Ami* cruzó el Mediterráneo en todas direcciones, como si con el cambio de lugares pudiese recuperar la tranquilidad que había huído para siempre de su espíritu.

En algunos años aquel aspecto de robustez que le era peculiar, desapareció; y Edmundo de Goncourt, que vió á GUY DE MAUPASSANT en Rouen en 1890, con ocasión de la inauguración del monumento á Flaubert, hubo de deducir, del mal semblante del enfermo, de su demacración y aun de la fijeza de su mirada, que no estaba destinado á hacer viejos sus huesos.³ Como veremos al examinar algunas de sus obras, MAUPASSANT sufría mucho, como sufren las personas dotadas de una gran irritabilidad nerviosa; tuvo alucinaciones, incurría al escribir en errores tales cómo estampar unos vocablos por otros, alterando muchas veces su ortografía; padeció lo que Max Nordau llama *fuga de ideas*, sintiendo que materialmente se escapaban de su pluma las expresiones que intentaba fijar en el papel.

³ Diario de los Goncourt

Por esta época hubo de visitar á MAUPASSANT un cubano insigne, el inspirado autor de *Los Trofeos*. MAUPASSANT refirió á Heredia el fastidio de su existencia, la devastadora enfermedad, los desfallecimientos de su memoria, la ceguera nublando sus ojos durante un cuarto de hora, media hora, una hora... “Luego—dice el ilustre cubano-francés— vino la fiebre del trabajo reanudado, y—¡Qué suplicio para un escritor de su fibra!—la impotencia para encontrar la palabra oportuna, la investigación encarnizada, el furor desesperado. Ya nada le causaba placer.”

“Contóme asimismo—sigue diciendo Héredia—la angustia en que le sumía el desdoblamiento enfermizo de personalidad. Fuese donde fuese, hiciera lo que hiciera, en todas partes la obsesión constante, odiosa, del *otro yo* que fiscalizaba todos sus actos y todos sus pensamientos, murmurando á su oído: “Goza de la vida, bebe, come, duerme, ama, trabaja, recorre el mundo, mira, admira... ¿De qué te sirve? ¡ Morirás”—Aterrorizado con tales confesiones José María Heredia trató en vano de calmarle y al despedirse le dijo “Hasta la vista”. MAUPASSANT le respondió: “No; adiós para siempre”. Y luego añadió con una especie de énfasis estoico tanto más extraño cuanto que su lenguaje era habitualmente muy sencillo: “Estoy resuelto; no duraré ya mucho; no quiero sobrevivirme; entré en la vida literaria como un meteoro; saldré de ella como un rayo.”⁴

El ayuda de cámara de MAUPASSANT, Francisco Tassart, inquieto por la salud de su señor, espiaba todos sus actos. Una noche, estando en el chalet que Guy poseía en Isère, despertó bruscamente al ruido de varios disparos. Acudió en seguida á la habitación de su dueño y lo encontró tranquilamente en la ventana disparando su revólver en la oscuridad de la noche. Tiraba sin mirar, á lo que resultara, “por ahuyentar las tinieblas”; dijo primeramente. Después, como si saliera de un sueño, de una pesadilla, explicó haber creído que alguien escalaba los muros del jardín. Al día siguiente, Francisco, en previsión de una catástrofe arrancó los proyectiles de las cápsulas, dejando los casquillos en el revólver y éste en el cajón donde su amo tenía costumbre de guardarlo.

Poco tiempo antes MAUPASSANT había preguntado al Dr. Frémy: “¿No cree usted que me encamino rectamente á la locura?” El médico, que ya en esa época había advertido los progresos que en el enfermo hacía la parálisis, le respondió piadosamente con una negativa. “Si estoy loco, querido amigo, dígamelo usted—repuso MAUPASSANT :— entre la locura y la muerte no puede vacilarse un momento: por mi parte tengo anticipadamente hecha la elección”.

En efecto, el 2 de enero de 1891, tuvo una hora de absoluta lucidez; vio que la razón se le escapaba y quiso matarse. Su primera idea fué servirse del revólver. El cajón donde lo

⁴ JOSÉ M. HEREDIA, discurso pronunciado en mayo de 1900, con ocasión de la erección de un monumento á MAUPASSANT en Rouen.

guardaba estaba abierto mostrándolo. Hizo fuego, pero careciendo de bala los casquillos, el fogonazo sólo le ennegreció la sien. Vio entonces, sobre su tocador una navaja de afeitar, la tomó é intentó sin resultado seccionarse la arteria carótida. La navaja le produjo una herida poco profunda, aunque extensa, que sangraba en abundancia. MAUPASSANT lanzó terribles rugidos de dolor y de cólera, abrió la ventana y fue á precipitarse por ella. Acudió Francisco y comprendiendo en el acto que él no sería bastante para impedir que su amo llevara á cabo su designio suicida, pidió auxilio á Raimundo y Bernardo, los dos tripulantes del yatch *Bel Ami*, gracias á los cuales, y especialmente á la fuerza hercúlea del primero, pudo sujetarse al pobre loco y retenerle en la cama hasta la llegada del médico.⁵

El Dr. Valcourt suturó la herida. La sangre derramada calmó la excitación de MAUPASSANT; pero desgraciadamente á los pocos días sobrevino una nueva crisis, durante la cual fue preciso ponerle una camisa de fuerza; y con el beneplácito de la familia, aunque bajo la protesta de Delpit y Cazalis, MAUPASSANT fué recluido en la casa de salud del doctor Blanche, en Passy.⁶

¡Qué cuadros tan melancólicos, tan tristes, ofreció GUY DE MAUPASSANT en el sanatorio! Si hasta entonces no se había notado en él más que un asomo de extravío, supuesto que en medio de sus accesos continuó su vida con aparente regularidad, escribiendo obras que pasman por lo ingenioso de su invención y lo hermoso de su lenguaje, ahora daba ya claro testimonio de la ruina total de su inteligencia, conduciéndose como un loco vulgar. Ora triste y abatido, irritado y colérico, desconocía á las personas á quien había amado. Los médicos que sabían cuánta adoración profesaba á su yatch quisieron sacudir su memoria y su inteligencia con una especie de latigazo por si de este modo era posible devolverle aquella lucidez de espíritu de que tantas y tan diversas pruebas, había dado. Oprimido en la blusa de fuerza, el sinventura fué conducido á la playa. *Bel Ami* se columpiaba á lo lejos en el mar. La serenidad del día, el azul del cielo, el aire límpido, la línea elegante del buque, todo esto pareció calmarle. Su mirada se hizo dulce. Contempló mucho rato el yatch con ojos melancólicos; movió los labios como quien reza, pero sin articular palabra alguna. Cuando se le hizo regresar al manicomio, volvía continuamente la cabeza para mirar á su querido barco. Mas en los días subsiguientes el *Bel Ami* no le hizo ya impresión y hubo que renunciar a la débil esperanza de obtener alguna mejoría en el enfermo por tal sistema. Víctima del delirio de grandeza, exigía que se le diera el título de conde y refería que el almirante Duperré le había hecho una visita con la escuadra del Mediterráneo, disparando en su honor varios cañonazos de melinita, cada uno de los cuales costaba una enormidad de millares de francos. Excusado es decir que no poseía tal título ni había habido tal visita ni tales salvas. Otras

⁵ SOUVENIRS de M. François Tassart.

⁶ Rectificación del Dr. Valcourt a los SOUVENIRS de M. Tissart, REVUE DES DEUX MONDES

veces, presa del delirio de persecución, negábase a que le pusieran inyecciones de morfina, *porque le agujereaban el cerebro*; ó se figuraba hallarse en el terreno del honor batiéndose con un enemigo invisible. Tras la locura sobrevino como inevitable corolario la demencia; y en un delirio tranquilo y sosegado, en el que pudo advertirse un intervalo lúcido, exhaló el último suspiro el día 6 de julio de 1893 á las tres y media de la tarde.⁷

II

No es posible investigar si en la obra de MAUPASSANT se vé ó deja de verse su trastorno mental sin echar previamente una ojeada á la cruel enfermedad que padecía. La parálisis general no es un mal moderno, pero sólo de poco tiempo á esta parte se le ha estudiado. Consiste en una inflamación crónica del sistema cerebro-espinal. , Es más común en el hombre que en la mujer. Comienza entre los treinta y los cuarenta años. Padecimiento por lo común hereditario, pueden provocarlo los excesos de trabajo, los alcohólicos, los sexuales, las emociones tristes. A veces comienza por trastornos motores: desigualdad de las pupilas, vacilación al andar, dolores de cabeza; en este primer periodo se observan también trastornos psíquicos; modificaciones del carácter y de las costumbres, necesidad de movimiento, irascibilidad. Es de duración variable y en su transcurso no pocos enfermos pueden realizar todos los actos de su vida y entregarse á sus ocupaciones habituales. En el segundo, llamado período de estadio, hay delirio, ya de grandeza, ya de persecución, ideas movibles y contradictorias, tendencias al suicidio y excitación maniaca; á veces temblores de las manos y de las piernas y elevación de temperatura. El período terminal se caracteriza por la pérdida total de la inteligencia, aumento de los fenómenos paralíticos y muerte en el marasmo ó por complicaciones intercurrentes.

Hay que advertir que esta enfermedad es fácilmente confundible con otras, por la multiplicidad de los síntomas que presenta, propios casi todos de la mayoría de las enfermedades cerebro-medulares. Sin embargo, se puede hacer un diagnóstico seguro, partiendo de esta premisa: el delirio de los enfermos atacados de parálisis general no es sistematizado, sino incoherente. En la manía aguda, en la locura histérica, en cualquier enfermedad mental que prevenga de la parálisis, el enfermo que padece, por ejemplo, de delirio de grandeza, es siempre víctima de la ilusión del poder, de la fuerza, la riqueza, la

⁷ ALBERT LUMBROSO, Souvenirs sur MAUPASSANT.—LOUIS THOMAS, *La maladie et la mort de MAUPASSANT*.

felicidad. Si le da, por el contrario, el delirio de persecución, tiene constantemente miedo, tristeza, hipocondría, está desconfiado y padece frecuentes impulsiones suicidas. No cambia en estos desgraciados el carácter de su locura. En la parálisis general es característica precisamente la mudanza, la transición de un delirio á otro; y el enfermo, que en un momento se creó el más venturoso de los hombres, se siente á los pocos minutos aniquilado por la mayor desdicha. Es frecuente en este género de locura, aunque no tanto como en la histeria, lo que ciertos autores denominan el *desdoblamiento de la personalidad*. El enfermo llega á dudar de su propia existencia y reconoce en sí mismo dos personas diferentes, dos inteligencias, dos voluntades absolutamente distintas; algunas veces diametralmente opuestas.⁸ El miedo adopta en estos enfermos los caracteres del más profundo terror. Tienen miedo de tener miedo, y á veces se suicidan por miedo de morir.⁹

Dicho se está que no he pretendido trazar aquí un cuadro completo de la parálisis general ni de la locura paralítica porque esto no hace á mi propósito, bastándome con notar lo más saliente; sobre todo, aquello que se ha visto realizado en MAUPASSANT y acaso se vislumbra en sus obras.

III

Hay que reconocerlo: es preciso saber que MAUPASSANT murió demente en un manicomio para poder encontrar en sus novelas y en sus cuentos algo por donde deducirlo. Jamás escritor alguno ha poseído mayor facultad que MAUPASSANT para hacer visibles, en cuatro rasgos, paisajes; tipos, situaciones, sentimientos, estados de alma. Siempre claro en su dicción, siempre profundo en el razonamiento se le lee con el mismo deleite con que se bebe el agua fresca al pie de los manantiales. Ciertas extravagancias, su mismo desenfado, la elección de asuntos raros y el frecuente mirar á lo desconocido, serían para todos los rasgos de su genio, si no nos constara que muchos de esos trabajos fueron escritos en época en que ya el cerebro del autor reverberaba bajo la influencia de la excitación inflamatoria. No puede inferirse la locura de MAUPASSANT por sus obras; pero, partiendo del conocimiento que tenemos de su enfermedad, cabe seguir en sus libros, el funcionamiento anormal,

⁸ Sobre la doble personalidad, ha escrito M. JULIO CLARETIE, una novela titulada “L’Obsession” (L’autre moi). ¿No será el protagonista el propio MAUPASSANT?

⁹ MARTINEZ VALVERDE, “Guía práctica del diagnóstico de las enfermedades mentales”.— RIBOT, “Enfermedades de la personalidad.”

intermitente, de la inteligencia que les dio vida. Hay que descontar de ellos á este respecto, las novelas que pudieran llamarse formales, las novelas largas, las novelas completas, las que no se refieren á un solo momento, á un solo aspecto de la vida, las que desarrollan múltiples episodios que acontecen en varios días, en meses y aun en años. Y hay que hacerlo así porque este género, con muy contadas excepciones, es el menos personal del autor. Sólo en *Bel Ami*, en aquella escena magistralmente descrita en que Jorge Duroy, la víspera del desafío, se siente poseído del miedo de aparecer cobarde en el terreno. ante su adversario, y en algunos pasajes de *Notre Coeur*, GUY DE MAUPASSANT refiere las vacilaciones y torturas de su propio espíritu. Ni en *Une vie*, ni en *Mont Oriol*, ni en *Pierre et Jean* ni en *Forte comme la mort* trató nunca de poner de manifiesto las agitaciones de su propia alma. Discurre él por sí mismo, por su cuenta (naturalmente); pero siguiendo su sistema especial de hacer novelas, procura colocarse en el lugar de sus personajes, á los que inspira las determinaciones, las ideas y los sentimientos que ha observado en las personas reales con que se ha codeado en el mundo. Es preciso acudir á los cuentos y á las narraciones para ver el fondo del pensamiento de MAUPASSANT; pues si en muchos de ellos ha sido mero cronista de las acciones de los demás, en no pocos ha derramado a manos llenas el secreto de sus infortunios, las exigencias enfermizas de su carne jamás saciada, la inquietud de su vida condenada por los estímulos de su propio mal á perpetuo cambio de sitio, sus alucinaciones, el desdoblamiento de personalidad, sus terrores infinitos é invencibles, su funesta. propensión al suicidio, el odio implacable á la vida.

Para MAUPASSANT, como para todos los locos paráliticos, el amor no es un sentimiento delicado, noble, grande, sino la grosera satisfacción de un instinto. Si se exceptúan *Mmlle. Perle*, *Miss Harriet*, *Historia Verdadera*, *El Colono*, y algún cuento más, en que los protagonistas rinden tributo al amor del alma, los cuentos eróticos de MAUPASSANT, sólo hacen referencia á una sensualidad casi bestial, que resultaría intolerable si el autor no la adornara con el velo de oro de su fantasía y, las piedras preciosas de su estilo. Recordad *Las Hermanas Rondoli*, *Magnetismo*, *La Patrona*, *Una enfermedad extraña*, *El cerrojo*, *Mosca*, (á pesar de la ternura de todos los remeros hacia el hijo de todos), *Chali* (á pesar de su final trágicamente poético), *Allouma*, *Ce cochon Morin*, *Recuerdo*, *El sistema de Roger*, *Un prudente* y otros cien, y convendréis conmigo en que son, en el fondo, himnos entonados en loor de la más cruda voluptuosidad, incienso quemado en el altar de la diosa Lujuria. Más de la tercera parte de los cuentos y novelas cortas de MAUPASSANT están inspirados por esta musa. ¿Cómo no creer que al tomar por semejante camino, cedía á uno de los impulsos de su enfermedad, cuando en el catálogo de los fenómenos de ella figura la tendencia frecuente á la impudicia?

Ya hemos visto que otro de los síntomas de la locura de los parálíticos es la necesidad. que sienten de cambiar á cada momento de lugar; y sabemos que en su vida, MAUPASSANT realizó verdaderas peregrinaciones, por el simple deseo de viajar. No es esto decir que la afición á los viajes por sí sola sea una manifestación morbosa, siquiera el *tourismo* llegue, á veces, á degenerar en chifladura. Mas constándonos que MAUPASSANT padeció ese linaje de perturbación, ofreciendo múltiples y variados síntomas de ella, entre los cuales figura la propensión al movimiento, lícito es inferir que su afán de variar de país provenía de la desorganización psíquica de que adolecía. Hay en sus libros algunas páginas inspiradas en esta inquietud viajera. En una de sus obras, creo que es *Bajo el sol de África*, refiere el autor la tendencia que le impele á salir de Francia, á huir sobre todo de París: le abruma la airosa Torre Eiffel, la desespera la dorada cúpula de los Inválidos y le dan náuseas las espléndidas esculturas del Arco del Triunfo. Y sé va, y se aburre fuera de Francia, como en Francia; lejos de París, como en París. Es que el mal no está en el panorama, sino en quien le contempla. Es que nada permanente puede halagar al pobre loco que, sin darse cuenta, siente que, á medida que pasan las horas, se encaminan sus músculos y sus fibras, sus nervios y sus células, á la quietud horrenda de la parálisis y al triste reposo de la muerte. ¡Con cuánta elocuencia expresa MAUPASSANT el tedio de la vida, de la vida monótona. y rutinaria que todos soportamos! En uno de esos arranques que son á la vez .como la concepción de un genio y el delirio de un perturbado, exclama en. su interesante libro, *En el mar*: “Dichosos aquellos que no conocen el hastío abominable de las mismas acciones repetidas siempre! ¡Dichosos aquellos que tienen la fuerza de ejecutar todos los días los mismos quehaceres, con los mismos gestos, alrededor de los mismos muebles, ante el mismo horizonte, bajo el mismo cielo; de salir á las mismas calles en las que siempre, topan con las mismas caras y los mismos animales. ¡Dichosos aquellos que no advierten, con asco inmenso, que nada cambia, que no pasa nada, que todo aburre! ¿Es posible que no haya sentido nadie todavía el odio de la figura humana, siempre idéntica, el odio á los animales, verdaderas máquinas, con sus instintos invariables, transmitidos en su sangre desde el primero hasta el último de su raza, el odio á los paisajes de eterno parecido y el odio á los placeres que no se renuevan nunca?” He aquí, en estos párrafos, el fundamento de la impulsión á variar de paisaje. Este enfermo se diferencia del hombre normal en que, aun reconociendo ambos que la vida casi no merece la pena de vivirse, éste la acepta con resignación porque sabe que es inútil la protesta, mientras aquél se debate en impotente rebeldía, al cabo de la cual sólo se columbra el manicomio ó el sepulcro en pos del suicidio.

Pero tal estado de MAUPASSANT que, con diferentes pormenores que veremos al hablar de otras novelas suyas, viene á constituir una manifestación de la lipemania ó delirio

de persecución, no era constante en él. A veces se borraban de su mente los negros fantasmas para dar lugar á las más gratas sensaciones, á la exaltación más placentera. Entonces MAUPASSANT veía la vida en toda la plenitud de su hermosura y la describía con los más brillantes colores de paleta magistral. Y en son, á la vez tierno y un poco sarcástico, nos da cuentos como *L' épave*, *Nuestros ingleses*, *bromazo* y *Los domingos de un burgués en París*, modelos no sólo de ingenio y fina sátira, sino de buen humor, de alegría franca y comunicativa.

Como sabemos ya que es característico en la locura paralítica lo que pudiera llamarse la incoordinación del delirio, el tránsito en breves horas de la más ruidosa hilaridad á la más profunda melancolía, acaso á tal propensión obedece el frecuente fenómeno de hallar en los cuentos de MAUPASSANT, siguiendo el orden cronológico en que fueron escritos, junto á los cuadros lúgubres del suicidio y del asesinato los plácidos horizontes de la dicha ampliamente gozada.

Acabo de pronunciar dos palabras, *asesinato* y *suicidio* á cuyas ideas responden no pocos cuentos del desgraciado autor de *Une vie*. En las historias de asesinos, los héroes de MAUPASSANT se conducen generalmente con una perversidad aterradora. En *El salto del Pastor*, *La petite Roque* y *La confesión*, los asesinos matan con instintos de fiera; aunque algunas veces sean tocados del remordimiento. Otras veces, como en *Rosalía Prudent* y en *El Parricida* obran bajo el impulso de complicados estados anímicos. El protagonista de *El Borracho* mata á silletazos á su mujer en un rapto de celos padecido en medio de una borrachera. En *El Huérfano* un hombre mata á su protectora para apoderarse de la herencia que ésta le deja en testamento. Pero de todos los asesinos de MAUPASSANT, es el magistrado que nos presenta en *Un loco* el que mejor muestra su espíritu perturbado. Podría creerse que el autor mismo ha sentido aquellas impulsiones graduales del héroe de su cuento, que empieza por matar á un jilguero, por el incomprensible deseo de destruir una vida, estrangula después á un pobre colegial en medio de un camino, acaba á golpes de azadón con un pescador que dormía á la margen del río y va, gozoso, á presenciar cómo muere en la guillotina el inocente á quien un error de la justicia humana supone causante de aquel último asesinato. El cuento termina con esta moraleja que quizá constituye una confesión “Hay en el mundo muchos locos ignorados, tan precavidos y temibles como este magistrado”.

Los suicidios abundan en los cuentos de MAUPASSANT tanto como los homicidios. Hay personajes que atentan contra su vida en un momento de súbita amargura, de horrible desencanto, como el héroe de *Le petit*, al descubrir que su único hijo, á quien amaba con amor entrañable, es fruto del adulterio de su esposa adorada, muerta al darlo á luz, y de uno de sus más íntimos amigos. Pero otros, como el protagonista de la *Carta encontrada sobre el cuerpo*

de un ahogado, se suicidan en virtud de razonamientos tan alambicados y sutiles que revelan un alma herida de mucho tiempo atrás por la locura. El héroe del cuento que lleva por título *Un cobarde*, se mata porque teniendo concertado un duelo, que él mismo había provocado, tiene miedo, como Duroy en *Bel Ami*, de que flaqueé su valor en el momento supremo del lance. En el protagonista de *Suicidas* se reconoce el propio pensamiento de MAUPASSANT descrito en los párrafos que ya conocemos de su obra *En el mar*. Es un hombre agobiado por la monotonía de la existencia, cansado de levantarse todos los días á la misma hora, de comer en el mismo restaurant, de ver siempre los mismos muebles, de encontrar siempre las mismas personas, de hacer los mismos viajes y contemplar los mismos panoramas. A la conclusión de esta historia dice el autor como refiriéndose á sí propio: “De este modo se matan muchos hombres en cuya plácida existencia no hallamos el verdadero motivo de su fatal resolución”.

Un mismo género de suicidio ha dado á MAUPASSANT asunto para una novela corta, *Ivette*, y para un cuento: *Ivette Samoris*. En ambos la protagonista, hija de cortesana, sin padre conocido, al darse cuenta de su origen bastardo y del medio deshonesto en que se desenvuelve, atenta contra su vida por medio del cloroformo. Pero mientras en el cuento, Ivette consuma su suicidio, en la novela corta se le frustra y vuelve á la vida para emprender el mismo camino del que trataba con la muerte de apartarse. Es soberbia la descripción de los efectos causados en Ivette por el narcótico. Ningún tratado de Materia médica ó Terapéutica ofrece más interesantes pormenores. Es que MAUPASSANT, siguiendo su costumbre, narra lo que él mismo ha sentido. Durante su juventud y sobre todo desde comienzos de su enfermedad, recurrió muchas veces al uso y al abuso del cloroformo, el éter y el hachis.

¿No estará en relación con las dos tentativas realizadas contra sí mismo esta predilección que muestra MAUPASSANT por las narraciones de suicidios? ¿No será esta lúgubre inspiración, fruto de la tendencia á matarse que se observa continuamente en los individuos atacados de parálisis general ?

Pero en los cuentos fantásticos, es donde mejor puede verse la progresión ascendente del delirio de MAUPASSANT.

Hablando de ello dice Marcelo Prévost que el autor de *El horla* pagó bien cara la facultad de entrever y contar lo desconocido; y José María Heredia, discurriendo sobre lo mismo, exclama: “Ni el sol ni la muerte pueden mirarse mucho tiempo con fijeza”. Aquí hay un error que consiste en tomar el efecto por la causa. No, MAUPASSANT no perdió la vista por sus frecuentes excursiones terrestres y marítimas á la luz del sol ni dio al traste con su inteligencia por pensar en la muerte á menudo. Su ceguera y su locura, provinieron de causas mucho más prosaicas, si se quiere, que radicaban en la propia máquina de su cuerpo. Si su cerebro y su médula no se hubiesen endurecido, acaso por la herencia, tal vez por los excesos

amorosos, por el abuso de los excitantes y de los narcóticos, por el abrumador trabajo intelectual ó por todo ello á la vez, seguramente MAUPASSANT habría podido emparar sus ojos en la luz del sol y sumergir su fantasía en el antro espantoso de la muerte, sin experimentar daño alguno. Téngase presente el sistema adoptado por él para escribir. Discípulo de Flaubert, miembro de la secta literaria que preconiza el naturalismo y la novela experimental, entendía que era preciso ver y sentir las cosas para describirlas. Por otra parte, no hay imaginación, por vigorosa que se la suponga, capaz de crear lo que no haya visto ó sentido previamente. Quien no haya sido presa alguna vez del terror, intentará en vano comunicárnoslo con sus narraciones. Quien no haya sido víctima una vez por lo menos de la alucinación, no podrá jamás pintarnos con colores reales y brillantes ese inquieto estado del alma. Debemos, pues, estar seguros de que el autor de *El Parador*, *El miedo*, *¿El?*, *La cabellera*, *El Horla* y *¿Quién sabe?*, nos refirió sus propias visiones, sus insomnios pertinaces, sus terrores horribles.¹⁰

En *El Horla*, que es uno de sus más famosos cuentos sin duda porque es muy personal, muy íntimo, MAUPASSANT pinta, con verdadera prolijidad, el plano inclinado de su locura. Primero se siente feliz, embriagado por perfumes de los campos, acariciado por el movimiento la vida. Después, triste sin saber por qué. Le acometen anhelos de ver lo invisible. Le abruma luego la sensación de un peligro imaginario; teme la desdicha que le amenaza, la muerte que se acerca. Ni las duchas ni el bromuro lo calman. Una noche cree que hay alguien en su habitación y se horroriza: no hay nadie, sin embargo. Un pequeño viaje le alivia; pero bien pronto cae de nuevo en sus insensatos miedos. El vaso de agua, que deja lleno por la noche á la cabecera de la cama, se lo ha bebido alguien mientras él dormía. Al día siguiente coloca en la mesa de noche vino, leche, agua, fresas y pan. Alguien se bebió el líquido durante su sueño, dejando el pan y las fresas. Después exclama: “¡Le he visto!” ¿Qué ha visto? Ha visto á *él*. ¿Qué es *él*? Un ser invisible que corta una rosa por el tallo, hace describir la curva que pudiera marcar un brazo retirándose, y la deja fija, como si se hubiera prendido en unos labios, horizontal, suspendida en el aire, sola, inmóvil. “Yo me supondría loco—dice—si no tuviera conciencia de mi estado, si no lo analizase y profundizase con completa lucidez; sin duda soy un alucinado reflexivo”. Y más adelante confiesa: “No soy dueño de mi voluntad; alguien me impulsa, me contiene, me domina; me veo precisado á obedecer”. Acaba por saber que quien subyuga su alma, *su otro yo*, es *El Horla*, un ser incorpóreo, que se introdujo en su cuerpo, el día en que vio pasar ante sus ojos cierto bergantín brasileño que había zarpado de un puerto de la republica luso-americana después de

¹⁰ A propósito de un escritor que en este punto tiene mucha semejanza con MAUPASSANT, a propósito de Edgar Poe, que, como es sabido, murió de “delirium tremens”, dice A. MOSSO en su conocida obra “La Paura,” que fue un gran fisiólogo del miedo porque había vivido entre alucinaciones morbosas.

declarada en ella una epidemia de locura. En vano quiere aprisionar al *Horla*. En vano prende fuego á su casa y abrasa á sus criados para abrasar también al espectro. El espectro resiste la acción del fuego. Y cuando el loco se da cuenta de que su *otro yo* es imperecedero, indestructible, opta por suicidarse.

¿Quién no ve en este relato á MAUPASSANT insomne durante quince días, preocupado y macilento, disparando á ciegas el revólver contra la obscuridad nocturna. Era el *Horla*, sin duda, quien escalaba las tapias de su jardín.

Aún más gráficamente que en este cuento retrata MAUPASSANT sus alucinaciones y sus miedos en el titulado *¿El?* El protagonista de esta narración va á casarse. Pero no se casa por amor. No creé en él. Se casa por miedo. “¡Ah! No me comprendes,—exclama dirigiéndose á un amigo.— No temo peligros, ni sorpresas. Te aseguro que si en mi alcoba entrara un hombre le mataría tranquilamente. Tampoco me infunden terror los aparecidos; no creo en lo sobrenatural. ¡Tengo miedo de mí mismo! Tengo miedo al miedo; me infunden miedo las perturbaciones de mi espíritu; me asusta la horrible sensación del terror incomprendible”. Para librarse de esa angustia quiere sentir junto á él un ser que pueda responderle si le habla; que respire á su lado. Por eso se casa.

También en este cuento ve el héroe un espectro, en su cuarto por las noches, que se desvanece con la luz del alba. También aquí describe, con los más nimios detalles, el escalofrío del terror, las trepidaciones del miedo, el estallar de la conciencia perturbada por extrañas visiones. Después de leer esto, se convence uno de que no es un cuento, sino la historia real, verdadera, positiva de lo que ha visto un *loco lúcido*— tipo perfectamente admitido por la ciencia médica.—Esa relación ha sido redactada bajo la impresión inmediata de lo visto y de lo padecido.

Aquí podría dar por terminado mi trabajo. No obstante deseo añadir algunas palabras más. El espectáculo de la locura de un hombre eminente es siempre triste, desconsolador, cruel. Sin embargo, algo puede servirnos de consuelo. Sábese hoy que la locura tiene por fundamento, ya la depresión del mecanismo intelectual, ya su exaltación excesiva. Si esto es así, acaso los grandes hombres llegaron a serlo por el propio desequilibrio de su mente. Quizá tenga razón Moreau de Tours y Lombroso cuando ponen al genio en el casillero de la locura. Triste, muy triste fue la de MAUPASSANT; pero fortalezcamos nuestro espíritu con la creencia de que si el cerebro y la médula hubieran funcionado en él de un modo por completo

vulgar, probablemente el insigne autor normando no habría dado al mundo esas obras admirables que fueron la delicia de nuestros padres, son nuestro encanto y servirá de regocijo á nuestros descendientes.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CERVERA Y SU ESCUADRA, consideraciones sobre el desastre naval de 3 de julio de 1898

EL BLOQUEO DE LA HABANA, apuntes del natural